

Este múltiple juego de días

Aquellos finales de los años 70 del pasado siglo (OMG) significaron un tiempo magmático para la cultura y para la sociedad española. Fernando Robles y yo recibíamos clases de bachillerato en el instituto de “Martiricos” que, en aquellos entonces, confabuló a un grupo de alumnos que sentían una gran curiosidad por lo que estaba pasando en la calle. Su atención, además de conducirse por los senderos de la Historia y Geografía de Don Jesús Cuesta, o del Latín de D^a M^a Teresa Bobadilla, se dirigía tanto hacia la política efervescente del postfranquismo, por ejemplo, como hacia la música, que mezclaba el rock progresivo hippioso y los débiles ecos del punk o de la new wave, en las pocas emisoras de FM a las que podíamos acceder desde esta Málaga siempre aislada, aunque nos repitieran que los malagueños éramos muy cosmopolitas.

Todos los fenómenos culturales llegaron con retraso de casi décadas y a un mismo tiempo; entre ellos el del cómic. En un quiosco cercano al instituto comprábamos *Cimoc*, 1984, *Metal Hurlant* y, más tarde, *El Víbora* con su bendición *underground*, que contrastaba en la misma balda con los resabios alternativos de una revista con efímera vida llamada *Sal Común*. Aquellos estudiantillos medio greñudos y con leve acné sufrían una necesidad de mundos nuevos que los transportaran hacia luces más allá de aquellas proyectadas por farolas mortecinas sobre paredes de protección oficial. Nuestra vida casi dibujaba un claustro carcelario pero con un túnel de fuga a través de las narraciones de Moebius, las plumillas de Muñoz y Sampayo y, cómo no, entre los pechos de aquellas mujeres tan imposibles y exuberantes de Richard Corben. Existía un más allá y ahorrábamos la paga del mes para sumergirnos en sus tintas por pocas monedas. Incluso el instituto promocionó aquella afición de sus alumnos; cedió su maquinaria de copistería para que quien se sintiera dibujante o escritor pudiera publicar un cómic propio. Aquel ejemplar fue censurado antes de ser impreso; un payaso, risa torva y mirada maligna, en la portada hacía malabares por el aire con un pene y dos testículos. Y eso que los profesores nunca leyeron nuestras historias del Capitán Anfeta, que viajaba por el espacio en una inmensa jeringuilla propulsada por LSD.

El cómic nos había graduado en libertad, y contra aquella asignatura ya no competían ni el griego, ni las matemáticas, ni la religión católica que aún teníamos que estudiar como asignatura obligatoria. Sin que me quiera convertir en un defensor de aquel pasado ya tan lejos (OMG), un buen grupo de alumnos de Martiricos (era un centro masculino) dejaron su tejido emocional tatuado por aquellos personajes que hacían funambulismo desde barrios del apocalipsis postatómico, hasta desiertos en planetas a miles de años luz; o desarrollaban su devenir vital en clubes de jazz de Chicago, igual que en vuelo perpetuo sobre el lomo de un perodáctilo. Entre las asfixias por tanto realismo social de la literatura, entre los sofocos por hoces y martillos, yugos y flechas, entre la opción por Pink Floyd o Sex Pistols, convertimos la imaginación en nuestra diosa y a la creación en nuestro camino vital, en nuestra promesa de ser nosotros.

Fernando Robles fue uno de aquellos adolescentes que quedó prendido en esos varios recuadros por página que delimitaban un habitáculo con su propio cielo y también su infierno, por esas reglas que rigen las conjunciones universales desde el Big-Bang. Como los polos de un imán, como los antibióticos que, en realidad, están vivos, como el color rechazado desde la superficie que es el que vemos, la existencia es una delimitación de contrarios y contrastes. La obra de Fernando Robles es una continua pregunta -quizás antes que a nadie, a sí mismo- desde el silencio de sus personajes que, imbuidos de una calma casi existencialista, transmiten su inquietud interna al espectador, desde ese instante, también co-creador del espectáculo ante el que se encuentra. Un juego de divinidades que Fernando inició hace décadas y que aún continúa mediante una exploración que aparece modificada de fase en fase, hasta llegar a estos actuales derroteros de su cielo-infierno, al fin comprendido por su autor y, por tanto, transmitido para la reflexión de su receptor-espectador. La obra de Fernando, al contrario que otras estéticas, siempre ha pretendido ese relato que, al final, tras cada escalón de sus series, siempre termina siendo un diálogo consigo mismo, al margen de la finalidad semántica última que desarrolle en cada composición individual.

Mientras la obra evolucione, existe vida. Nos encontramos ante un trabajo que, me atrevería a decir, recreado. Bajo una misma denominación, bajo una misma inquietud, descubrimos un concierto en el que la melodía de fondo interactúa con el solo que cada personaje ejecuta sin querer,

en consonancia con su propio ser. La fuerza de todo este nuevo escenario brota de la rima entre paisajes y personajes, que aquí actúan al unísono desgarrados, deformes más que existenciales. al contrario que sus precedentes situados por sí mismos, por la lógica de su discurso, como piezas en primer término para delimitar un paisaje que les es era ajeno.

Frente a cada uno de los fragmentos de esta narración coral, hay que preguntarse quién condiciona a quién, y dónde se sitúan el infierno y el cielo de cada uno de sus espectadores, de cada uno de quienes nos descubrimos enmarcados un instante dentro de ese mismo cajón invisible que construimos ante el cuadro. Nos sorprendemos atrapados por la historia independiente y conjunta de cada pieza, ese maravilloso recurso narrativo que nos enseñó el cómic, y del que Fernando Robles, nunca quiso huir, desde aquellas tardes en que la vida sonaba como un eco abstracto, más allá de un aula con vidrieras desvencijadas a través de las que contemplábamos la tarde y soñábamos con la libertad como una doncella defendida ante un dragón, o una cantante de blues desmayada por los efectos de la heroína entre la basura del callejón trasero del club. Luego, los muchos años (OMG) nos han ido poniendo en nuestro sitio para que comprendiéramos que todo este múltiple juego de días, de cielos e infiernos, de composturas y simplezas, de polos positivos y negativos, de reír y llorar, consiste en que uno se marcha de estas esquinas sin haber entendido nada. Una paradoja más. Al menos el arte, que nos imantó desde muy jóvenes hacia sus islas, nos permite la ilusión de que dejaremos una huella tan efímera como la de aquellos tiempos que hoy he simplificado en la memoria.

José Luis González Vera